



María Cecilia González Montoya*

Heridas de la guerra, aprendizajes y reconciliación, para hoy ser semilla de paz

“La guerra y la destrucción, evidencian la vida no vivida. La Paz, el perdón y la reconciliación son la bandera donde florece la vida, el amor, la libertad y la esperanza”

Cuando en el Grupo Mujer y Sociedad se hace la invitación a sus integrantes a escribir para el No 23 de nuestra revista EN OTRAS PALABRAS... sobre el tema ¿Cómo nos ha tocado el conflicto y la situación de guerra de nuestro país?, vienen a mí recuerdos, sentimientos encontrados, miedos, dolor, vacío y hechos que hoy ante un proceso de paz adquieren profundo valor y decido escribir.

Nací en Bogotá unos días después de la toma del poder por el General Rojas Pinilla, en una familia numerosa, donde prevalecieron los valores ético-religiosos de mi madre y el sueño de libre pensador de mi padre.

Estudí en la Normal Femenina de las Hermanas de Nuestra Señora de la Paz ya que desde niña soñaba y jugaba con ser maestra. Allí se formaron generaciones de docentes críticos, con gran sentido de la responsabilidad, del compromiso pedagógico y social con nuestro pueblo. Mi familia aportó 3 maestras y un maestro a la causa, todos licenciados en diferentes áreas de las Ciencias y con maestrías en universidades públicas y privadas como yo, que soy docente, Magister en Biología con énfasis en Biología Celular y Genética de la Universidad Javeriana, vinculada con la Secretaría de Educación, fui catedrática en la Universidad Pedagógica Nacional, la Universidad Jorge Tadeo Lozano e investigadora del grupo de Mutagénesis de la Universidad Javeriana. El resto de hermanos con carreras afines a las ciencias sociales y humanidades.

Durante mi vida universitaria, entre los años 1978 a 1982, en el movimiento estudiantil y sindicalismo magisterial vivimos “la época del terror”, fruto de la aplicación del letal Estatuto de Seguridad que el presidente Turbay Ayala utilizó para contrarrestar los diferentes “movimientos

* Pedagoga, Magíster en Biología.

rebeldes”, haciéndose normal los allanamientos, las detenciones por el ejército, la desaparición y asesinato de líderes estudiantiles, obreros, campesinos, indígenas e intelectuales. Vi partir, con profunda tristeza, amigos y familias al exilio, obligados para salvar sus vidas. Otros fueron juzgados por la Justicia Penal Militar en consejos verbales de guerra.

Otro momento de fuerte represión lo vivimos con la toma y retoma del Palacio de Justicia por el M19 y el Ejército Nacional, en 1985, lo que desató el temor y la impotencia ante la tortura, la desaparición y la muerte de militantes de izquierda conocidos, amigos o vecinos.

Recuerdo el impacto del narcoterrorismo en la ciudad de Bogotá, que produjo en sus habitantes sentimientos de dolor, rabia e impotencia; y como docentes lo vimos reflejado en las familias de nuestros estudiantes en el aula de clase y en nuestras propias vidas.

Otros episodios duros de asimilar durante el gobierno de César Gaviria fueron los asesinatos de Carlos Pizarro, José Antequera y Bernardo Jaramillo Ossa; el genocidio de los miembros de la Unión Patriótica, que nublan nuestra esperanza de paz, y nuevamente cubren de sangre y dolor a nuestro pueblo. Recuerdo nuestra participación en las masivas marchas, y los funerales que se fueron haciendo casi cotidianos y mitigaron nuestro vacío militante en la izquierda colombiana.

Es en este momento que a mi familia y a mí nos toca vivir en carne propia la terrible pesadilla de la desaparición de un ser querido: mi hermano Fabio Antonio, joven estudiante, quien sale a trotar el 13 de agosto de 1992 a la pista de la Universidad Nacional y nunca regresa. Lo comenzamos a buscar 24 horas después de su desaparición en clínicas, hospitales, estaciones de Policía, Medicina Legal, DAS, cárceles, en todos los lugares

posibles; a las 72 horas colocamos el denuncia por su desaparición en la estación de Policía, y empieza la investigación y la búsqueda desesperada entre los vivos y los muertos. Era la época cuando bajaban por los ríos de este país cantidad de “bultos negros”, cadáveres denominados N.N.; torturados, desfigurados, difíciles de identificar, que llenaron los cementerios de este territorio y que nosotros pudimos ver, pues nos llamaron de Medicina Legal en varios pueblos a identificar para ver si era el de mi hermano. Buscamos su rostro, sus ojos –recordando su tierna mirada– en cada uno de ellos; en los indigentes; en cada joven; en cada loco, en diferentes calles, lugares y parques, ya que el dolor y la angustia te lo muestran. Si veíamos alguien que estaba acostado en un parque o calle, corríamos y lo llamábamos FABIO, FABIO hasta que la persona se volteaba y nos dejaba ver su rostro; entonces las lágrimas brotaban y un nudo de dolor cerraba nuestra garganta; la impotencia crecía y la esperanza se desvanecía cada día transcurrido. Mi padre no pudo con la pena; entró en un proceso depresivo, se complicó su salud y murió de un paro cardiorespiratorio el 13 de abril de 1993, destrozando a mi madre, a mí, a mis hermanos y hermanas y acrecentando el dolor y el vacío en toda la familia.

De Medicina Legal continuaron llamándonos a reconocer varios cadáveres N.N. con algunas características presentadas en la denuncia, pero nunca encontramos su cuerpo para poder sepultarlo y despedirlo, para elaborar el duelo. En la Defensoría del Pueblo, en Derechos Humanos, nos apoyaron en la búsqueda sin ningún resultado y a los dos años la Fiscalía cerró el caso y lo declaró DESAPARECIDO, palabra que se genera y se vuelve común en Latinoamérica para nombrar la desaparición forzada.

Cerrado el caso y para poder seguir “viviendo”, nos tocó hacer un entierro simbólico; despedirlo, hacer el duelo, perdonar, y volver a perdonar,

para reconciliarnos con nosotros y nosotras mismas, con la vida, para renacer como el ave fénix de las cenizas, y permitir que el amor y la esperanza transformaran nuestras vidas, a levantarnos dignamente, y a seguir elevando nuestra voz por el respeto a la vida, a los Derechos Humanos, a la democracia, a pedir que se eliminen todas las formas de violencia, de discriminación, a la construcción de la equidad, la justicia y la paz desde nuestro quehacer cotidiano.

Por esos días yo pertenecía a la Comisión de Asuntos de la mujer de la Asociación Distrital de Educadores (A.D.E.). Allí impulsamos los estudios de Género con las maestras y se implementó el trabajo por la Equidad de género en el ámbito escolar, logrando la participación de las maestras en el Colectivo de Mujeres de Bogotá, que congregaba las diferentes organizaciones y Grupos de Mujeres que luchaban por la defensa de

los Derechos de la Mujer y la Equidad de género. Allí conozco a varias integrantes del Grupo Mujer y Sociedad de la U.N.; vi su trabajo, su rigurosidad y compromiso; solicito ser recibida en él y afortunadamente hago parte de este valioso grupo interdisciplinario, rico en sus debates y producciones académicas; disfruto de su calidez, solidaridad y complicidad por construir un mundo mejor donde quepamos mujeres y hombres con justicia social, equidad, alegría y paz.

Hoy más que nunca, como víctimas, sabemos que hay que tener memoria de lo sucedido, denunciarlo y tener consciencia para que nunca vuelva a ocurrir, sanar nuestras heridas y ser semilla que germina en la construcción del nuevo país que soñamos para todas y todos.